



PINTURA EN SEGUIDILLAS NUEVAS A UNA DAMA.

Forme mi pluma rasgos,
pues al mirarte,
intenté, Fénix bella,
el retratarte.

Y solo siento,
el que decir no pueda
lo que es mi intento.

Es tanta tu hermosura,
hermosa prenda,
que juzgo que en pintarla
mucho te ofenda.

Porque contemplo,
que todo quanto diga,
será un desprecio.

Ofuscado el discurso,
muda la lengua,

quedan al ver los rayos
de tu belleza:

Que el diestro Apeles
no pudo sombrearla
con sus pinceles.

Vénus quiero pintarte,
que este es mi anhelo,
pero temo ofuscar
en tanto cielo.

Y así perdona,
que el salir hoy vencido,
es mi corona.

Si en Pandora juntaron
con noble idea
todas las perfecciones
de la belleza:

En

En tí se admira
con mucho mas realce
toda ella unida.

En el piélagó undoso
de tu hermosura
la nave del discurso
triste fluctúa:

Mas siendo norte
tu cara, mas se engolfa,
por ver tus soles.

Aunque mucho discurra,
no podré ciego
dibuxar ni aun la sombra
de ese tu cielo.

Pero no obstante,
paso con tu licencia
à retratarte.

Pasmo de la belleza,
perdon te pido;
porque en decirte bella,
nada te digo:

Pues tu belleza
en loarla te hacen
mayor ofensa.

Aunque mi pluma sea
borron grosero,
copiaré como pueda
tu hermoso cielo:

Y ya contemplo
tu licencia, y al punto
con ella empiezo.

Empiezo por tu pelo,
y en él registro
un rubio, que es afrenta
del oro fino.

Tal es de bueno,
que creo sea oro,
mas bien que pelo.

Calle Homero y su pluma,
pues que no puede

explicar la hermosura
que hay en tu frente.

Muda mi lengua
queda, al ver los primores
de su belleza.

Son tus cejas dos arcos
tan peregrinos,
que son de la hermosura
el pasmo mismo:

No les excede
en lo bello el del iris,
ni en refulgente.

Arcos con que Cupido
dispara flechas,
y rinden sus harpones
à quantos llegan:

Serán preciosos,
y mas siendo dos arcos
de tus dos ojos.

Son tus ojos dos soles,
de tales brillos,
que sus luces deslumbran
las del sol mismo.

Son dos antorchas,
tan hermosas, que creo
no ha de haber otras.

Hebras son de azabache
tus dos pestañas,
que con ellas cautivas
mi triste alma.

Y su hermosura
toca mas al silencio,
que no à la pluma.

En tus megillas hallo
dos rosas bellas,
que exceden à lo hermoso
de la azucena.

Pues son claveles,
que al verlos, ofuscado
se quedó Apeles.

Tu

Tu nariz en extremo
es tan hermosa,
que pasa de lo bello
á primorosa.

Qué hermosa nariz!
que está causando envidia
al hermoso ofir.

Tus labios encarnados
solo ser pueden
de Angel, pues semejantes
no hay en mugeres.

Pues me parece,
son de cristal, que sangre
muy pura vierten.

De tus carrillos quise
callar, mas quiero
decir, son de la nieve
el mismo centro.

Y en ellos hallo
un encarnado hermoso
filigranado.

Si reparo en tus dientes,
juzgo que sean
de aljófar ó de nácar
la mas perfecta:

Que á regla forman
un brillante empedrado
de hermosa concha.

Tus encías parecen
campo de grana,
y los dientes son perlas,
en él plantadas.

Si abres la boca,
y la lengua descubres,
qué mayor gloria!

Un capullo de rosa
es tu barbita,
que hasta la diosa Vénus
la tuvo envidia.

Tal es de bella,

que se aumentā, al mirarla,
mi triste pena.

Quando mis ojos miran
tu hermoso cuello,
juzgan sea de nieve,
ò cristal terso.

Es la coluna,
que mantiene la torre
de tu hermosura.

Son tus brazos dos lazos,
en donde quedo
preso con la esperanza
de ser tu dueño.

Con tales brazos
todo será sosiego,
todo descanso.

Aunque no se descubré
tu hermoso pecho,
solo de ampos de nieve
lo juzgo hecho:

Y aun si lo pienso,
es cristal derretido
del de tu cuello.

A apurar no me atrevo
mas el asunto,
pues temo en tu cintura
quedar difunto:

Tal es de sutil,
que comprime de forma,
que temo morir.

Ofuscado el discurso,
solo discurre,
será perfecto quanto
los trages cubren.

Narciso bello,
en bosquexo así quede,
pues pinto ciego.

Tus piernas las contemplo
firmes colunas,
cuyas basas sostienen

tu arquitectura.

Y su materia
creo sea alabastro,
ò madreperla.

Son tus pies tan pequeños,
que yo me admiro,
còmo puedan llevarte,
hermoso hechizo.

Pues quando andas,
llevas un menudeo,
que hechiza el alma.

Hasta aquí, vida mia,
pudo mi lengua
explicarte la sombra
de tu belleza.

Pues tu hermosura
no hay lengua que la explique,
ni diestra pluma.

Si acaso te he ofendido
en retratarte,
perdona, que es disculpa
el ser tu amante.

Pues mi deseo
es solo, porque veas
lo que te quiero.

Perdona, fénix bella,
si te he ofendido,
porque de un ciego amante
borron ha sido.

De lo pintado
perdon te pido humilde,
hechizo amado.

Te quiero y siempre quiero
rendido amante,
siempre estarte adorando,
para adorarte.

Ay dulce encanto!

F

tendrá fin así el fuego,
donde me abraso.

Tanto es lo que te quiero,
que no quisiera,
que alguno te mirara,
aunque te viera.

Porque al mirarte
se seguirá sin duda
el adorarte.

Una cosa, señora,
pedirte quiero,
si has de dar el alivio
à mi tormento.

Duélete afable
de los tristes suspiros
de un firme amante.

Bien sé yo, dueño mío,
de que me quieres,
y aunque lo disimules,
no me lo niegues,

Qué dulce gloria
es tratarse dos almas
sin ceremonia!

Aquí da fin mi pluma,
mas no mi lengua
cesará de alabarte,
querida prenda.

Pues sola eres
el ídolo hechicero
de mis quèrereres.

A Dios, serafin bello,
cielo estrellado,
antorcha refulgente,
y ángel humano.

A Dios, hermosa,
à Dios, prenda del alma,
à Dios, paloma.

N.